

EL SEÑOR DIPUTADO

El grupo de políticos y políticas de la oposición se encontraba de asueto junto al chiringuito; distendidos, locuaces, sonrientes. Digo políticos y políticas, citando los dos géneros (innecesarios según la más pura norma gramatical del español), porque hasta las filas opositoras había llegado la costumbre *progre* proveniente de la filas de enfrente de decir eso de ciudadanos y ciudadanas, españoles y españolas, y así por el estilo. Por qué no –pensaban-, si se suele decir por cortesía aquello tan clásico de señoras y señores... Con lo que no tragan es con lo de *miembros y miembros*, que dijo aquella diputada por Cádiz, profesora de lengua castellana como era. No se sabe si por ser la “ex” del otrora adversario político influyente, por manifestarse como radical feminista, o porque no entendieron la *chirigota* (y eso que se encuentran en la patria chica de esta broma, cuchufleta o chanza con que se burla uno alegremente de algo o de alguien, sin desprecio ni intención ofensiva).

Allí en el chiringuito, con el *martini* en una mano y en la otra el móvil – pásalo- matan su tedio, rematan el tiempo muerto, con el ejercicio de su más divertido pasatiempo: meterse con el gobierno. No de la manera formal que utilizan durante el periodo de sesiones, como es su sagrada obligación, sino informal y graciosamente; que se note que están de vacaciones cuando otros (tantos, cada vez más) están de paro forzoso. Al Señor Diputado, en mangas de camisa, con las mismas remangadas y sin corbata, acodado en la barra bajo el entoldado, mientras admira los cuerpos gráciles, bronceados y brillantes de dos jovencitas en *top less* jugando al balón de agua donde la arena es besada por las suaves ondas marinas, se le oye decir:

-Momentos antes de salir de Madrid, decía yo al Presidente: «Ésa que ustedes siguen es una política de aventuras; y ciegos están si no ven que con ella está el país al borde de un abismo...El país no quiere utopías: el país quiere hechos prácticos; el país quiere reformas tangibles y beneficiosas; el país quiere economías positivas; y ustedes, para corresponder a sus justos anhelos, le dan la dictadura en la hacienda, el caos en la política y el desconcierto en todo»

Del uno y otro lado del inalámbrico se oían los *bravos* de su interlocutor o interlocutora y de los que les siguen aquí, de sus mismas ideas políticas, que es como una corte que le sigue a todos lados, como una claqué para aplaudir y jalearse al líder. Así, con este sencillo ejercicio, y a sabiendas de que estaba siendo grabado por varias cámaras de televisión afines, que pasaban por la playa casualmente, se ejercita Su Excelencia en los meses de estío, por no perder la costumbre de opositar, para paliar su hastío. No se puede decir que sea un tiempo de asueto; no enteramente, por lo tanto.

-Porque, señores (y señoras): los hombres que hemos adquirido la experiencia del gobierno con amargos desengaños, debemos al país toda la verdad, todo el esfuerzo de nuestro patriotismo acrisolado. Por eso, si en el Parlamento, como toda Europa ha visto, fui implacable con los hombres de la situación, lo fui mucho más, lo estoy siendo todos los días, en el terreno de mis personales relaciones con todos ellos ¿O no?

Posteriormente, cuando al finalizar el largo y cálido verano, se le hiciera al líder opositor esa obligada entrevista pos-vacacional por esas mismas televisiones afines que pasaban por allí casualmente, le preguntarán:

-Y díganos Su Excelencia, ¿qué libro ha leído usted durante estas merecidísimas vacaciones?

Y el líder contestará:

- Yo, que siempre admiré a D. José María de Pereda, he releído dos libritos que les aconsejo a ustedes muy fervientemente: *Escenas montañosas*, y *Tipos trashumantes*, donde el querido escritor nos deleita con sus cuadros costumbristas y cuentos deliciosos.

Y a cierta joven y sagaz periodista, a la que su periódico ha enviado a hacer méritos siguiendo al personaje, no se le escapa que el discursito de Su Excelencia, aparecido en todos los telediarios aquel día del pasado agosto, mientras en el azul cielo de fondo revoloteaban unas gaviotas coreando la despreocupada conversación con sus graznidos de gloria, ¡estaba copiado!, coma a coma hasta el punto final, de cierto personaje trashumante del librito que Pereda escribiera, nada menos que en 1877; según recordaba ella de sus ejercicios de escuela, para ridiculizar el énfasis y la vanagloria. «¡Parece que fue ayer!» –dice para sí, con un leve suspiro de resignación y una pícaro sonrisa de complicidad.

Y es que a nuestra actual Excelencia, le cuadra tan bien Su Excelencia decimonónica, que hasta en arremangadas mangas de camisa parece que lleve levita y bimba; sus rasgos añejos, su aire de hombre antiguo con chaleco y chapines no le ayuda a su pretendida y forzada modernidad. Nada ha cambiado bajo el sol agosteño. Hasta las gaviotas parecen las mismas. ¿O no?